

# Mira que si te quise fue por tu pelo, ahora que estás pelona ya no te quiero

Por Francisco Casas

El autorretrato de Frida Kahlo, la «Pelona», la muestra sentada en una silla, en traje y pose masculina, desafiante al espectador, en la mano derecha una tijera, el piso cubierto de la agresividad de su pelo cortado. Su cabeza está rapada. Sin lugar a dudas, hay muchas formas de leer este gesto de Frida, acostumbrada a retratarse en traje de indígena sufriente, rural en la paranoia de la mestiza. Pero esta vez ella trasciende el sujeto, dándole otras connotaciones al «parecido a sí misma», incorporándose a la ciudad con el único traje posible, el de hombre, con la única estética de diálogo, el rapado, compareciendo en la mirada urbana, travestiendo el sujeto minoritario en una doble minoría política, la mujer, la lesbiana. Estrategias a través de la cual los/las jóvenes urbano populares escapan del «parecido a sí mismo» (rapándose, tatuándose, inventándose el otro para huir de la convención). Desde una subversión carcelaria del género que interpela la institución y su representación de los poderes, por un lado su despliegue arquitectónico, por el otro la pobreza, el desempleo, la duda, signos que recoge la crónica urbana de Pedro Lemebel.

Desde el «pelao» cuestiona la cabellera del lector acomodado (no acostumbrado al medio pelo), se traviste y anuncia apocalíptico el fin, las contradicciones del sistema que engorda y nos hace creer que somos parte de sus posibilidades. La crónica de Lemebel recoge una grafía homotextuada desde el reverso de los orificios, lugar por donde la ciudad se vacía hacia adentro. Topografía homoerótica en el intercambio de excrementos, en la mezcla que traza la cartografía residual de lo urbano que se reproduce en la periferia, lugar terminal donde el deseo hace estragos; el lugar de la fiesta, punto de vigilancia y fijación de las moralidades que transmite la mirada periodística de la televisión chilena.

**La esquina es mi corazón**, de Pedro Lemebel, está cruzada por el eros popular, otra dimensión del dios romano latinoamericanizado en lo raído del paisaje/margen/chileno. El libro en sí propone y dispone un paisaje libidinoso y masculino en que la sexualidad perversa opera como contención al neoliberalismo del consumo, revirtiendo la transacción del fetiche publicitario en el manoseo de la imagen y su conjetura: la morbosidad, antifragmentos de un discurso amoroso en que el cuerpo se plantea como bitácora de la teatralidad homosexual, lugar de la mirada bizca en el vicio del desenfoque; el volver a mirar lo mismo para devenir textualidad.

La textualidad homoerótica descubre el corpus masculino/lumpen/urbano a partir de las lecturas de sus orificios, dándole otras

terminaciones al cuerpo original/cultural, llenando sus «huecos», reinstalando sus funciones polimorfos en complicidad con la madre, devolviéndoles su fragilidad para re-verlo desde ahí. Desposeído del falo simbólico, en ese ahí o «hay», el gesto se torna político desarticulando la lectura de «parodia o doblaje travesti» por la voz agenciada al género y su límite, lo degenerado.

Uno de los principales aciertos de Pedro es recuperar desde lo local una grafía de lo porno, una escritura bastarda de la ciudad, signos que informan desde la esquina (lugar de dobles), el graffiti con que lo poblacional enfrenta la ciudad, como el perro que orina la esquina para reconocer y marcar el territorio. Sus escrituras de baño público, a partir de «los de abajo» reinsertan el vicio de la mirada obscena, aberrante para el ojo cuico arribista de la literatura chilena que hace de la pobreza un lugar romántico, como cuando Skármeta (*El show de los libros*), o Andrés Pérez (*La Negra Ester*) nos hablan del prostíbulo, del único prostíbulo que la moral burguesa soporta, el romántico, ese ya pasado por las armas de la novelística criolla. O cuando Pérez escenifica lo homosexual elige el lugar obvio del

travesti domesticado, tonto y frígido, que entretiene a su público. Ese mismo que al final recibe la estocada. Desde esta perspectiva, la crónica urbana anuncia la casa de puta, el Mercosur, el Nafta, lo posmoderno del mosquerío barrial aplastado por las patas de los milicos para reconstruir sobre la miseria esta ciudad *light*.

